

EL SEXTO SELLO



Revela del Apocalipsis

Tomo I

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

CRÉDITOS

EL SEXTO SELLO · TOMO I

Novela del Apocalipsis

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

Edición revisada · Colibrí Editorial EGA

Ilustraciones de la edición · Colibrí Editorial EGA

© Colibrí Editorial EGA · Todos los derechos reservados

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR: LA OBSESIÓN	6
CAPÍTULO 1: EL MANUSCRITO DE PATMOS	8
SÍMBOLO I: χξζ' — EL NÚMERO GRIEGO	15
CAPÍTULO 2: LA SOMBRA SOBRE LA CIUDAD	16
CAPÍTULO 3: LA MARCA EN LA MANO	19
SÍMBOLO II: רסק וורנ — LA GEMATRÍA	22
CAPÍTULO 4: LA BESTIA EN LA SOMBRA	24
CAPÍTULO 5: EL VIAJE A ROMA	27
CAPÍTULO 6: LA FECHA DEL JUICIO	32
SÍMBOLO III: DCLXVI — EL NÚMERO ROMANO	35
CAPÍTULO 7: EL CONCILIO DE LA BESTIA	36
CAPÍTULO 8: EL COMIENZO DEL FIN	38
SÍMBOLO IV: EL TRIÁNGULO DEL 36	40
EPÍLOGO	41
NOTAS DEL AUTOR: LO QUE ES REAL Y LO QUE ES NOVELA	43

*«Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento,
calcule el número de la bestia,
pues es número de hombre.
Y su número es seiscientos sesenta y seis.»*

— Apocalipsis 13:18



PRÓLOGO DEL AUTOR

La obsesión

Esta novela no nació de la imaginación, sino de la obsesión.

Durante años investigué el número 666: sus orígenes, sus interpretaciones, sus misterios. Estudié la gematría hebrea letra por letra y comprobé que el nombre "Nerón César" escrito en hebreo —נרען קסר— suma exactamente 666, y que en su forma latina —נרען קסר— suma 616, la lectura que trae el Papiro 115, el testimonio más antiguo del Apocalipsis, publicado como P. Oxy. 4499 y conservado en Oxford, rescatado de la arena de Oxirrincos después de casi dos mil años.

Pero la verdad, como el número mismo, es escurridiza. No se deja atrapar en un tratado académico ni en un estudio teológico. La verdad solo puede ser vivida. Y para vivirla, necesitaba una historia. Una historia de hombres y mujeres que se enfrentan al misterio, que lo tocan, que lo sufren y que, quizás, lo trascienden.

Esta novela es el resultado de esa necesidad. No es una ficción cualquiera: es una inmersión en el mundo del 666. Cada capítulo está impregnado de la

investigación real que he realizado. Cada personaje encarna una de las interpretaciones del número. Cada giro de la trama revela una capa más del misterio.

La escribí para que se lea como se mira una película de las grandes, pero con el rigor de quien investigó de verdad: los manuscritos existen, la gematría es comprobable, los datos históricos están donde deben estar. El terror también.

Esta es la novela que siempre quise escribir. La que nació de las cenizas de mis investigaciones. La que espero que te atrape, te aterre y te transforme.

Porque el 666 no es un número. Es un espejo. Y al leer esta historia, quizás veas tu propio reflejo.

—Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

LIBRO PRIMERO: EL DESPERTAR DE LA BESTIA



CAPÍTULO 1

EL MANUSCRITO DE PATMOS

El barco se mecía en el mar Egeo como un ataúd de madera. El viento salado golpeaba el rostro del profesor Samuel Weiss mientras sostenía el manuscrito contra su pecho, protegiéndolo de la humedad.

Veinte años esperando ese momento. Veinte años de cartas, de llamadas, de favores concedidos y de puertas cerradas. Y ahora, finalmente, lo que él llamaba el Códice de Patmos estaba en sus manos.

La isla apareció en el horizonte como una mancha gris contra el cielo morado del atardecer. Patmos. El lugar donde Juan el Apóstol tuvo sus visiones. El lugar donde el 666 fue escrito por primera vez —o donde fue copiado, porque ningún historiador serio afirma haber visto el original.

—Profesor, debemos regresar antes de que oscurezca —dijo Dimitri, el pescador griego que lo había traído—. Las tormentas de esta época son impredecibles.

—Dame una hora —respondió Weiss sin apartar la mirada de la isla—. Solo

una hora.

El manuscrito pesaba en sus manos como un pecado. Lo había obtenido de un monje copto en El Cairo, un anciano de ojos nublados que había guardado el texto durante generaciones. "Es la copia más antigua que existe", le había dicho el monje. "Anterior incluso al Vaticano. Perteneció a los primeros cristianos, los que conocieron a Juan."

Weiss había pagado con su herencia, con sus ahorros, con su reputación. Profesor de exégesis bíblica en Heidelberg, había sido despedido de su cátedra por defender una tesis que la facultad consideraba una locura: que el número de la Bestia no era un misterio celestial, sino una cifra terrenal. Un nombre. Un emperador. Una advertencia codificada para que los cristianos pudieran hablar sin que Roma los matara.

Ahora, mientras el barco se acercaba a la orilla rocosa, sintió que había valido la pena.

La isla era un lugar de silencio. Sin hoteles, sin turistas, sin ruinas monumentales como en otras islas griegas. Solo piedras, mar y cielo. Y una cueva: la gruta de la Revelación, donde la tradición dice que Juan vio lo que ningún hombre debería ver.

Weiss caminó por el sendero de cabras hasta la entrada de la cueva. El aire era fresco y olía a sal y a tierra mojada. Dentro, la oscuridad era absoluta.

Encendió su linterna y abrió el manuscrito.

Las páginas eran de pergamino grueso, amarillento por los siglos. La tinta, de un marrón oscuro que casi se confundía con el soporte. Pero las letras eran claras, escritas con caligrafía perfecta en griego koiné.

Pasó las páginas hasta el capítulo 13. Y allí estaba.

"Y vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en su presencia, y hace que la tierra y los

que en ella habitan adoren a la primera bestia... Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente; y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca... Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Y su número es..."

Weiss parpadeó. Volvió a leer.

El número no era el que esperaba. No era el famoso chi-xi-estigma (χξζ'), el 666 de todas las Biblias. Era chi-iota-estigma. 616.

"Imposible", susurró. Pero su mente de investigador reconoció el dato de inmediato: la lectura del Papiro 115, publicada como P. Oxy. 4499 y conservada en Oxford. El fragmento más antiguo del Apocalipsis que se conserva —siglo III, arena de Oxirrínco— también decía 616. Irineo de Lyon ya había mencionado la variante en el año 180, defendiéndose de ella como un escriba que apaga un incendio.

¿Y si la variante no era un error? ¿Y si era la clave?

—¿Qué buscas, profesor?

La voz lo sobresaltó. Se giró, la linterna barriendo la oscuridad. En la entrada de la cueva estaba una mujer. Alta, de cabello oscuro, ojos que parecían absorber la luz. Vestía ropa de senderismo, pero su postura era la de alguien que no necesita senderismo para moverse por el mundo.

—¿Quién eres? —preguntó Weiss, su voz más tensa de lo que quería.

—Me llamo Naomi —dijo ella, avanzando—. Naomi Kahan. Soy arqueóloga. He estado investigando los mismos textos que tú.

—No sabía que hubiera otra investigación.

—No la hay. Es una investigación... privada.

Algo en la mirada de Naomi lo inquietaba, como si supiera más de lo que

decía, como si estuviera allí por una razón que no estaba dispuesta a compartir.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Quiero ayudarte —dijo ella—. Quiero mostrarte lo que Juan realmente quiso decir.

—¿Y tú sabes lo que Juan quiso decir?

—Sé lo que el número significa —respondió Naomi, en un susurro—. No es un número, profesor. Es un nombre. Y ese nombre está vivo.



Weiss sintió que el manuscrito se volvía más pesado, como si las palabras cobraran peso. La linterna parpadeó y, por un momento, la cueva se sumió en la oscuridad total. Cuando la luz regresó, Naomi había desaparecido. Sin huellas en la arena. Sin pasos alejándose. Solo silencio, viento y olor del mar.

Weiss salió de la cueva con el corazón latiendo contra sus costillas.

El barco de Dimitri seguía en la orilla. Pero en la cubierta, sentado como si hubiera estado allí todo el tiempo, había un hombre.

Alto, rostro anguloso, mirada intensa. Traje negro que no pertenecía a ese lugar. Cuando Weiss se acercó, el hombre se levantó y extendió la mano.

—Profesor Weiss —dijo, con voz profunda y fría—. Me han dicho que ha encontrado algo interesante en la cueva.

—¿Quién eres?

El hombre sonrió. Dientes perfectos. Demasiado perfectos.

—Soy el señor César —dijo—. Y trabajo para una organización que tiene un gran interés en el manuscrito que usted lleva.

Weiss apretó el manuscrito contra su pecho.

—No sé de qué habla.

—Por supuesto que sabe. Tiene el Códice de Patmos. La copia más antigua del Apocalipsis. Y en ella, la verdadera interpretación del número.

—El número es un nombre —dijo Weiss, repitiendo las palabras de Naomi—. Nerón César. El emperador.

César rió, y no fue una risa amable. Fue una risa que helaba la sangre.

—¿Nerón? ¿Cree que la Bestia fue un emperador romano? ¿Un simple tirano que persiguió cristianos? ¿Eso es todo lo que ha encontrado?

—¿Qué otra cosa podría ser?

César se acercó, ojos oscuros fijos en los de Weiss.

—La Bestia no es un hombre —susurró—. La Bestia es un principio. Es el deseo del hombre de ser Dios. Es el poder que corrompe todo lo que toca. Y el 616 no es el número de Nerón. Es el número de todos los que han intentado ser dioses. Es el número de la humanidad que ha olvidado su lugar en el universo.

Weiss sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

—¿Quién es usted? —preguntó, tembloroso.

—Soy quien trae la advertencia. El número no es del pasado. Es del presente. Y si usted no me entrega ese manuscrito, el presente se convertirá en un infierno que ni Juan pudo imaginar.

César extendió la mano. La palma abierta, la piel tersa y pálida. Esperaba.

Weiss miró el manuscrito. Miró a César. Miró el mar que se extendía infinito, oscuro, sin promesas.

Y entonces sintió que el manuscrito se calentaba en sus manos. Las páginas parecían vibrar. Las palabras del Apocalipsis empezaron a brillar con un resplandor que no venía de la linterna.

—¿Qué está pasando? —susurró.

—El número está despertando —dijo César, su voz cargada de algo que podía ser asombro o podría ser miedo—. Y todos los que lo han tocado están marcados.

La linterna cayó al suelo y se apagó. La oscuridad lo envolvió.

Cuando despertó, estaba en el hospital de la isla de Rodas. Luz blanca de fluorescentes que le dolía en los ojos. Un médico tomándole el pulso.

—Ha estado inconsciente tres días —dijo el médico—. Lo encontraron en la orilla, agarrando este libro.

Señaló la mesita de noche. Allí, testigo silencioso de su pesadilla, estaba el Códice de Patmos.

Weiss lo tomó. Lo abrió. Y jadeó.

El número ya no estaba en el manuscrito.

En su lugar, había una palabra. Una sola palabra, escrita en tinta fresca, como si alguien la hubiera escrito minutos antes.

"ARMA"

Weiss cerró el libro y el frío se apoderó de él. El número no era un nombre. No era un principio. Era un arma. Y alguien, o algo, estaba a punto de usarla.

χξς' — EL NÚMERO GRIEGO

En griego no se escribían los números como palabras: las letras valían números. El 666 del Apocalipsis es chi-xi-estigma (χξς'): 600 + 60 + 6.

Pero el Papiro 115, el fragmento más antiguo que existe (siglo III, Oxirrinco, descifrado en Oxford en 1999), trae chi-iota-estigma: 616. Dos números. Un mismo hombre. La prueba de que el Apocalipsis era, antes que profecía, un mensaje cifrado de guerra.



CAPÍTULO 2

LA SOMBRA SOBRE LA CIUDAD

El Vaticano es un lugar de silencio y de secretos. En sus archivos guarda más verdades de las que jamás revelará al mundo. Y en las profundidades de sus sótanos, en una sala que no aparece en ningún mapa, el cardenal Francesco Montanari miraba el monitor con los ojos vidriosos.

La imagen en la pantalla era simple: un número, parpadeando en rojo sobre fondo negro. 666.

—¿Cuándo empezó? —preguntó Montanari, con la voz ronca por el insomnio.

—Hace tres días —respondió el técnico, un joven de rostro pálido—.

Primero fue un parpadeo. Luego, una frecuencia. Ahora es constante. El número aparece en todos los sistemas de la Iglesia. En los ordenadores. En los teléfonos. En los relojes. Está... en todas partes.

—¿Ha intentado apagar los sistemas?

—Lo intentamos. Pero no funciona. El número reaparece. Es como si estuviera en el hardware, en el cableado, en las paredes.

Montanari se levantó y caminó hacia la ventana que daba a la Plaza de San Pedro. La noche era clara, estrellada, pero él sentía que una sombra se cernía sobre la ciudad.

—El Apocalipsis —murmuró—. Está empezando.

—Cardenal...

—No soy el único que ha visto esto. He recibido informes de todos los rincones del mundo. El número aparece donde no debería. En el Muro de las Lamentaciones. En la Kaaba. En las ruinas de Babilonia. Es una señal. Una advertencia.

—¿Una advertencia de qué?

Montanari se giró, sus ojos negros brillando en la penumbra.

—De que la Bestia está despertando. No es un hombre, como creen los ingenuos. Es un sistema. La suma de todos los poderes que han oprimido a la humanidad. Y su número está grabado en el ADN de la civilización.

—¿Qué debemos hacer?

—Debemos encontrar a quien pueda detenerlo —dijo Montanari—. Hay un hombre en la isla de Patmos. Un profesor que tiene un código original. Necesitamos ese manuscrito. Antes de que sea demasiado tarde.

—Cardenal —dijo el técnico, con la voz quebrada—. El número también

apareció en... en los sistemas de control del Hospital Gemelli. En los marcapasos de algunos pacientes. Los monitores mostraban 666 en la frecuencia cardíaca.

Montanari cerró los ojos. Eso ya no era una profecía. Era un ciberataque imposible, o algo peor: algo que no entendían.

—Llame a la Guardia Suiza —dijo por fin—. Nadie entra ni sale del Archivo Secreto hasta que yo lo ordene. Y tráigame los informes de Irineo. Todos. Incluso los apócrifos.



CAPÍTULO 3

LA MARCA EN LA MANO

Samuel Weiss llegó a Atenas con el manuscrito en una mochila que nunca soltaba. La ciudad era un caos de tráfico y turistas, pero él se movía entre ellos como un fantasma, evitando miradas y preguntas.

No había dormido desde Patmos. Cada vez que cerraba los ojos, veía el número parpadeando en la oscuridad. Y la palabra "ARMA" grabada en su mente.

Fue a una biblioteca privada, un lugar donde había trabajado años antes, y pidió una sala de lectura aislada. Necesitaba entender. Necesitaba descifrar el mensaje oculto tras las palabras de Juan.

Pero cuando abrió el manuscrito bajo la luz, descubrió algo que lo heló.

El número no había desaparecido del todo. Ahora, en lugar de estar escrito con tinta, estaba grabado en el pergamino, como una cicatriz. Y al pasar el dedo sobre él, sintió un calor extraño, una vibración que no venía del papel.

—¿Qué eres? —susurró.

El manuscrito no respondió. Pero en la pared, bajo la luz tenue de la sala, su sombra adquirió una forma extraña. La forma de un número. La forma de 6, 6 y 6.

Weiss retrocedió, tambaleándose. Algo le había pasado en Patmos. Algo que no entendía.

Sacó su teléfono. La pantalla estaba apagada, pero pudo ver el reflejo de su rostro. Y en su frente, apenas visible como una cicatriz, había una marca. Un número, grabado en su piel, que no recordaba haber tenido.

"El que reciba la marca de la Bestia..." —el versículo resonó en su cabeza.

—No —dijo en voz alta—. No es posible.

—¿No es posible qué, profesor?

La voz de Naomi llenó la sala. Estaba en la puerta, mirándolo con esa sonrisa que era tanto sabia como peligrosa.

—¿Cómo me encontró?



—Siempre sé dónde estás, Samuel —dijo ella, usando su nombre de pila por primera vez—. El número nos conecta a todos los que lo hemos tocado.

—¿Usted también tiene...?

Naomi levantó su mano derecha. En la palma, había una marca. Un número. 666.

—Todos los que tocan el código son marcados —dijo ella—. Es una maldición, pero también un regalo. Nos permite ver lo que otros no pueden ver. Nos permite entender lo que otros no pueden entender.

—¿Por qué me está diciendo esto? —preguntó Weiss, tembloroso.

—Porque necesito tu ayuda. El número está despertando en todo el mundo. Los sistemas están colapsando. El caos se acerca. Y solo nosotros, los marcados, podemos detenerlo.

—¿Detenerlo? ¿Cómo?

—Encontrando al que lo controla —dijo Naomi, con la mirada fija en él—. La Bestia no es un número, Samuel. Es un hombre. Y ese hombre está vivo. Ha estado vivo por siglos, escondiéndose en la sombra, esperando el momento adecuado.

—¿Un hombre? ¿Quién?

—Su nombre no es fácil de pronunciar. Pero tiene muchos nombres. Nerón. Mahoma. Hitler. Napoleón. Todos ellos eran sus máscaras. Pero su verdadero nombre...

Naomi se acercó, su voz apenas un susurro.

—Su verdadero nombre es el que no debe decirse. Es el nombre que el Apocalipsis ocultó detrás del número. Y hay quien lleva dos mil años buscándolo.

לִשְׁתֵּה לֵוֹת וּפְנוֹת			
א	1	ב	30
ב	2	ג	40
ג	3	ד	50
ד	4	ה	60
ה	5	ו	70
ו	6	ז	80
ז	7	ח	90
ח	8	ט	100
ט	9	י	200
י	10	כ	300
כ	20	ל	400

רסק נורן — LA GEMATRÍA

En hebreo cada letra vale un número. "Nerón César" (רסק נורן) se descompone así: Nun=50, Resh=200, Vav=6, Nun=50, Qof=100, Samekh=60, Resh=200. Total: 666. Escríbelo a la latina, "Nero César" (רסק ורן),

*sin la nun final de valor 50, y obtienes 616. En el desierto de Judea,
un acta aramea real de la época (Wadi Murabba'at) conserva la escritura
רסק וורנ. La profecía tenía nombre y apellido: era el emperador.*



CAPÍTULO 4

LA BESTIA EN LA SOMBRA

El señor César no era un hombre, y Samuel Weiss ya lo sabía. Era un concepto encarnado. Una paradoja viviente. Un error del universo que se había vuelto consciente.

César estaba en la azotea de un edificio en Atenas, viendo cómo la ciudad se extendía a sus pies. Llevaba siglos haciendo eso: observando civilizaciones, viéndolas crecer y colapsar. No sentía emoción ni

compasión. Solo entendía la necesidad del orden.

—El profesor ha encontrado el manuscrito —dijo una voz detrás de él—.

Y ha sido marcado.

César se giró. Era un hombre bajo, de rostro anodino y ojos muertos, que irradiaba un poder inquietante. Era uno de los suyos, un servidor de la Bestia.

—¿Y la mujer? —preguntó César—. ¿La arqueóloga?

—También ha sido marcada. Pero parece que está intentando detener el despertar.

César sonrió. Era la sonrisa de un depredador.

—Déjalos. Que crean que pueden detenerlo. Que hurguen en el pasado, que busquen códigos ocultos, que crean que el número es un enigma que se descifra. Mientras tanto, nosotros estaremos preparando el final.

—¿El final?

—El número de la Bestia no es un misterio que deba resolverse —dijo César, con arrogancia—. Es un gatillo que debe ser presionado. Y el mundo está listo para disparar.

Bajó la mirada hacia la ciudad. Miles de luces titilaban en la noche. Miles de vidas, miles de almas que pronto serían reclamadas por la Bestia.

—El momento ha llegado —susurró—. El número no es el fin. Es el principio.

El hombre bajo se arrodilló. No era adoración. Era miedo.

—Señor —dijo—, los marcados se están reuniendo. En Roma.

—Lo sé —respondió César—. Y sé lo que van a hacer. Van a intentar leer el manuscrito que falta. El que Juan nunca escribió en el canon.

—¿Existe de verdad?

César miró al horizonte, donde el mar Egeo se fundía con la noche.

—Existe lo que la humanidad necesita que exista —dijo—. Y eso es lo peligroso.



CAPÍTULO 5

EL VIAJE A ROMA

El avión de Weiss aterrizó en Roma con el amanecer. Naomi lo había acompañado, aunque él no recordaba haber aceptado. Había una extraña compulsión en ella, una autoridad que no necesitaba ser hablada.

—El Vaticano tiene el resto del código —dijo Naomi mientras caminaban por las calles empedradas—. El manuscrito de Patmos es solo el final. Pero hay otros capítulos, otros secretos, guardados en los archivos.

—¿Y cómo llegamos a ellos? —preguntó Weiss—. No somos sacerdotes ni cardenales.

—No necesitamos serlo. Tengo contactos.

Weiss no preguntó más. Ya había aprendido que Naomi siempre sabía más de lo que decía.

El Vaticano se alzaba ante ellos como una ciudad dentro de la ciudad.

La cúpula de San Pedro se recortaba contra el cielo azul, y en el ambiente se sentía la pesadez de la historia. Pero también había algo

más. Una tensión. Un miedo.

—La gente está asustada —observó Weiss.

—Han visto el número —respondió Naomi—. En las pantallas. En los periódicos. En el agua, en el fuego, en el aire. El número está en todas partes. El mundo se está volviendo loco.

Entraron en el Vaticano por una puerta lateral que Naomi conocía, sorteando guardias y turistas. Atravesaron pasillos silenciosos y escaleras de caracol que descendían hacia el inframundo de la ciudad.

Finalmente, llegaron a una puerta de hierro. Naomi presionó una combinación que Weiss no pudo ver, y la puerta se abrió con un chirrido.

—Bienvenido al Archivo Secreto —dijo ella.

El archivo era enorme, una catedral de estanterías que se perdían en la oscuridad. Y en el centro, sobre una mesa de mármol, descansaba el volumen que el Vaticano había custodiado durante siglos.

—El Codex Tenebrarum —dijo Naomi, señalando el manuscrito—. Un códice que la Iglesia guarda desde el siglo IV y que no figura en ningún catálogo público. Pero no es solo un libro antiguo. Es un mapa. Un mapa que revela la verdadera naturaleza del número.

Weiss se acercó a la mesa. El manuscrito estaba abierto en el capítulo 13 del Apocalipsis, y el número estaba escrito con letras que brillaban a la luz tenue.

—No es un número —murmuró, repitiendo las palabras de Naomi—. Es una coordenada.



—¿Una coordenada? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Una coordenada en el tiempo, no en el espacio. Es una fecha. El número no es el nombre de la Bestia. Es el año en que la Bestia será

liberada.

—¿El año 666? Eso ya pasó.

—No el año 666 después de Cristo —dijo Weiss, su mente trabajando a toda velocidad—. El sexto milenio. El sexto día cósmico. El sexto período de la creación. Es la fecha en que el ciclo de la historia se cierra y el juicio comienza.

Naomi lo miró con una mezcla de asombro y respeto.

—Tienes razón —dijo—. Es lo que Juan intentó decir. Y lo que la Iglesia ha ocultado.

—¿Por qué?

—Porque la Bestia no es un tirano exterior. Es la humanidad misma. Es el momento en que la humanidad alcanza su punto máximo de poder y decide destruirse a sí misma. El número es la fecha en que la humanidad se convierte en su propio jurado, juez y verdugo.

Weiss sintió que el peso de la revelación lo abrumaba.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Podemos prevenirlo —dijo Naomi—. Si encontramos el otro manuscrito. El que no fue censurado. El que contiene la clave para desactivar el arma del juicio.

—¿Otro manuscrito?

—El Apocalipsis no fue un solo libro. Fue una compilación de visiones. Algunas fueron incluidas en el canon. Otras no. Otras fueron destruidas. Pero quedan fragmentos. Y esos fragmentos contienen la verdad sobre cómo el número puede ser detenido.

Naomi tomó la mano de Weiss, apretándola suavemente.

—No estamos solos, Samuel —dijo—. Hay otros marcados. Otros que han visto el número y han entendido su mensaje. Juntos, podemos salvar al

mundo de la Bestia que se avecina.



CAPÍTULO 6

LA FECHA DEL JUICIO

Weiss no pudo dormir en toda la noche. La imagen de la marca en su frente se repetía en su mente como un martillo. Había intentado cubrirla, ocultarla, pero no podía. La marca era parte de él.

Se levantó antes del amanecer y fue al Archivo Secreto, donde Naomi lo esperaba con una sonrisa que ocultaba más de lo que revelaba.

—He encontrado algo —dijo ella, señalando un papiro antiguo—. Es un fragmento apócrifo. La tradición lo atribuye a la escuela de Irineo de Lyon, del año 180, pero ningún catálogo lo reconoce y nadie puede probar su origen. Habla de los últimos tiempos y menciona las dos lecturas: el 666 y el 616.

Weiss se acercó y leyó la traducción. Las palabras eran extrañas, casi proféticas:

"Y cuando el mundo haya llegado al sexto milenio, la Bestia se levantará de las profundidades del mar. Y su número será la suma de los días de la

creación. Pero el séptimo ángel tocará la trompeta, y el hijo del hombre vendrá con las nubes, y el número será anulado. Porque el juicio no es para siempre, y la misericordia triunfa sobre la condenación."

—No es una fecha —dijo Weiss—. Es un símbolo. El sexto milenio no es un año, sino un estado de la humanidad.

—Exactamente —dijo Naomi—. El número es de hombre, como dice el Apocalipsis. Y el hombre, cuando alcanza su plenitud, también alcanza su fin. No es un castigo divino, sino una consecuencia natural.

—Entonces, ¿el número no es una amenaza? ¿Es una profecía?

—Ambas —respondió Naomi—. El número es una advertencia. Es el espejo que la humanidad debe mirar para ver su propia perdición. Y, si decide cambiar de rumbo, también puede ser la señal de su salvación.

Weiss sintió un destello de esperanza.

—Entonces podemos detenerlo.



—No "podemos", Samuel. "Debemos". El número no es solo una profecía religiosa. Es un patrón histórico. Se repite en cada civilización, en

cada época. Y ahora, con la tecnología, con el control global, está a punto de repetirse por última vez.

—¿Cómo sabemos que esta vez es la última?

—Porque el mundo está listo —dijo Naomi—. La marca ya está en todas las manos. El sistema ya está funcionando. La Bestia ya está en su trono.

Y nosotros, los marcados, somos los únicos que podemos ver el patrón.

Weiss cerró los ojos. La marca en su frente latía con cada pulsación.

—¿Y qué debemos hacer?

—Debemos encontrar a los otros —dijo Naomi—. Los que también han visto el número, pero no se han dejado vencer por el miedo. Hay una red, Samuel. Una red de hombres y mujeres que han descifrado el mensaje. Vamos a reunirlos. Vamos a prepararnos. Y cuando llegue el momento, vamos a detener el juicio.

—Hay algo más —dijo Weiss, y abrió el códice de Patmos en la última página—. Anoche estuve calculando. Mira: Nerón César en hebreo suma 666. En latín, 616. Pero el Apocalipsis dice "el que tenga entendimiento, calcule". El verbo griego es *psephizo*: contar con piedras, votar, decidir. No dice "el que tenga miedo". Dice "el que tenga entendimiento". El número no se teme. Se calcula. Y el que lo calcula, entiende que la Bestia siempre tiene el mismo rostro: el poder que exige adoración.

Naomi sonrió. Por primera vez, su sonrisa no ocultaba nada.

—Ya estás pensando como uno de nosotros —dijo.

DCLXVI — EL NÚMERO ROMANO



666 en romanos es DCLXVI: $500 + 100 + 50 + 10 + 5 + 1$. Son todos los símbolos menores de mil, en orden descendente perfecto. Ningún otro número los usa todos a la vez. El imperio que perseguía a los cristianos dejó su firma matemática en el número que más teme la humanidad.



CAPÍTULO 7

EL CONCILIO DE LA BESTIA

La reunión fue en una iglesia abandonada en las afueras de Roma. Un lugar de polvo y silencio, de paredes desnudas y vitrales rotos. Allí, bajo una cúpula que había visto siglos de oraciones, se encontraron los ocho marcados.

Eran de todas las partes del mundo, de todos los credos y todas las profesiones: el rabino Eli Baruch, de Jerusalén; la imam Yasmina El-Fasi, de El Cairo; el padre Tomás Okafor, sacerdote católico nigeriano; la hermana Ananda Siri, monja budista de Sri Lanka; el doctor Emil Lundqvist, físico sueco y ateo declarado; el artista mexicano Diego Rivas. Y, por supuesto, Weiss y Naomi.

—El número está en todas partes —dijo el rabino Baruch, con voz grave—. En las sinagogas, en los templos, en las mezquitas. Ya no es un secreto. Es una realidad.

—El mundo está entrando en pánico —dijo la imam—. La gente está comprando víveres, construyendo búnkeres, preparándose para el fin.

—Pero el fin no es inevitable —dijo el científico, un hombre de rostro delgado y ojos brillantes—. El número no es una fuerza sobrenatural. Es un algoritmo. Es un sistema de control global que ha sido activado.

—¿Activado por quién? —preguntó la monja.

—Por nosotros —dijo Naomi, tomando la palabra—. Por la humanidad. Hemos construido un mundo donde la tecnología nos controla, donde el comercio nos esclaviza, donde el poder nos corrompe. Y ese mundo ha alcanzado su punto límite.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el artista—. ¿Nos rendimos?

—No —respondió Weiss—. Luchamos. Luchamos con la verdad. Con el conocimiento. Con la comprensión del misterio que hemos descubierto.

Weiss tomó el código de Patmos y lo abrió en el centro de la mesa.

—El número no es el final —dijo—. Es el principio. El principio de una nueva humanidad, si sabemos leer sus signos. Y el Apocalipsis no es una maldición, sino una revelación. La revelación de que el juicio viene, sí, pero que también viene la oportunidad de redimirse.

Los ocho marcados se miraron unos a otros. En sus ojos había miedo, pero también esperanza.

—Hay algo que deben saber —dijo Naomi—. El número que lleva el código es el 616. No el 666. La lectura más antigua. La que Irineo quiso enterrar. Si la Bestia está despertando, es porque alguien quiere que creamos que es el 666, el número del terror. Pero el verdadero número es el de la advertencia. Quien controla el miedo, controla el mundo.

El rabino Baruch asintió lentamente.

—En la Cábala hay una enseñanza —dijo—. El 6 es el hombre. Tres veces 6 es el hombre que se ha vuelto su propio dios. Pero el que sabe calcular, sabe también que después del 6 viene el 7: el descanso, la perfección, la paz. La Bestia no puede contar hasta 7. Nosotros sí.



CAPÍTULO 8

EL COMIENZO DEL FIN

César observaba la reunión desde un dron oculto en la cúpula de la iglesia. Su rostro era una máscara de placer.

—Están empezando a entender —murmuró—. Pero es demasiado tarde.

Pulsó un botón en su teléfono. Una señal viajó a través de los satélites, atravesó océanos y continentes, y llegó a los servidores de la Bestia.

El algoritmo se activó.

En todo el mundo, las pantallas parpadearon. Los teléfonos sonaron. Los sistemas financieros se bloquearon. El número 666 apareció en cada rincón del planeta, en cada lengua, en cada mente.

El juicio había comenzado.

En la iglesia, los marcados sintieron el cambio. La atmósfera se volvió densa, cargada de electricidad. El número en sus frentes ardió con una intensidad insoportable.

—Ha empezado —dijo Naomi, con la voz temblorosa—. El número está aquí.

—Entonces es el momento —dijo Weiss—. El momento de detenerlo.



Salió de la iglesia y levantó el códice de Patmos hacia el cielo. El manuscrito brilló con una luz blanca, cegadora.

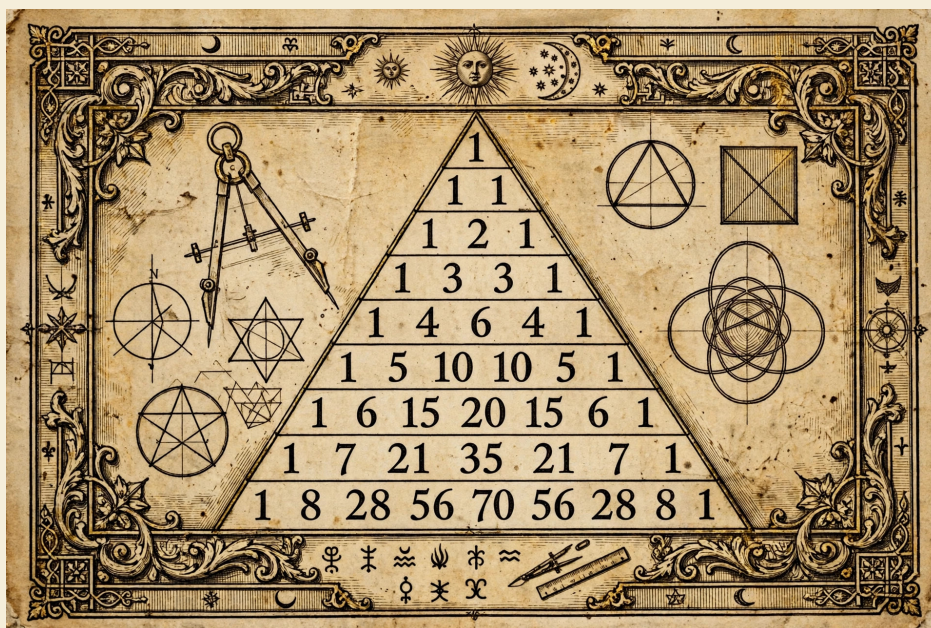
—¡En el nombre de la sabiduría! —gritó—. ¡En el nombre del entendimiento! ¡El número de la Bestia es el número del hombre! ¡Y el hombre es libre de elegir!

El cielo respondió. Un rayo de luz descendió, no para destruir, sino para iluminar. El número 666, que había cubierto el mundo como una sombra, empezó a desvanecerse.

En la azotea, César sintió que el poder se le escapaba. Su cuerpo empezó a desintegrarse, a disolverse en la nada.

—No —gritó—. ¡No es posible!

Pero era posible. Porque el número no era un arma. Era un espejo. Y el espejo se rompió cuando el hombre eligió mirar su propia humanidad.



EL TRIÁNGULO DEL 36

666 es la suma de todos los números del 1 al 36. Y 36 es 6 al cuadrado. También es la suma de los cuadrados de los primeros siete números primos: $2^2 + 3^2 + 5^2 + 7^2 + 11^2 + 13^2 + 17^2 = 666$. Y en la ruleta, del 1 al 36, la suma es la misma. Los místicos dicen que no hay coincidencias. Los matemáticos, que el orden también puede ser bello sin ser sobrenatural. La novela deja que el lector decida.



EPÍLOGO

Weiss despertó en la iglesia, rodeado por los otros marcados. El número en su frente había desaparecido. La marca ya no ardía.

—¿Lo logramos? —preguntó el rabino Baruch.

—Lo logramos —respondió Weiss—. Por ahora.

—¿Por ahora? —repitió la imam—. ¿No hemos terminado?

—El número no es un evento —dijo Naomi—. Es un ciclo. Y los ciclos siempre regresan. Volveremos a enfrentarlo, en otra generación, en otra época. La Bestia no muere, porque la Bestia es parte de nosotros.

Weiss asintió lentamente. Sabía que ella tenía razón. El número no era un enemigo exterior. Era una advertencia interna. Y las advertencias no se borran; solo se recuerdan.

Se levantó, tomó el códice de Patmos y lo guardó en su mochila.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—Vivimos —respondió Naomi—. Vivimos como humanos, recordando que somos más que números. Y esperamos el próximo ciclo.

—¿Y si no hay próximo ciclo? —preguntó el científico.

Naomi sonrió, una sonrisa que era a la vez triste y esperanzadora.

—Entonces esta vez será la última. Y todo habrá valido la pena.

Salieron de la iglesia bajo la luz del alba. El mundo seguía en pie. El número había desaparecido de las pantallas, de las mentes, de los corazones. Pero Weiss sabía que, en algún lugar, en algún momento, el número regresaría.

Porque el número no es un número. Es una verdad. Y las verdades, como los hombres, siempre vuelven a casa.

NOTAS DEL AUTOR

Lo que es real y lo que es novela

Esta novela se construyó sobre investigación real. Para que el lector distinga la historia de los datos, dejo aquí lo verificable:

- El Apocalipsis 13:18 dice: "Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento, calcule el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis."
- El Papiro 115 (P. Oxy. 4499), fragmento del siglo III hallado en Oxirrincó, Egipto, publicado por la serie Oxyrhynchus Papyri y conservado en Oxford, trae la lectura 616 (chi-iota-estigma). Hoy se guarda en el Ashmolean Museum.
- El Codex Ephraemi Rescriptus (siglo V) también trae 616, escrito con palabras completas en griego.
- Irineo de Lyon, hacia el año 180, ya conocía la variante 616 y la rechazaba, defendiendo el 666.
- En gemetría hebrea, "Nerón César" (נֶרֶן סֶסָר) suma exactamente 666; en su forma latina "Nero César" (נֶרו סֶסָר), sin la nun final de valor 50, suma 616.
- Un acta aramea real del desierto de Judea (Wadi Murabba'at) conserva la escritura נֶרֶן סֶסָר de la época de Nerón.
- Tácito (Anales 15.44) documenta la persecución de Nerón tras el incendio de Roma del año 64.
- En números romanos, 666 es DCLXVI: usa todos los símbolos menores de mil en orden descendente.
- 666 es el número triangular de 36 (la suma del 1 al 36) y la suma de los cuadrados de los primeros siete primos.

- El carbono-12, base de la vida orgánica, tiene 6 protones, 6 neutrones y 6 electrones.
- 1 Reyes 10:14: Salomón recibía 666 talentos de oro al año.
- Esdras 2:13: 666 hijos de Adonicam regresaron del exilio.
- El nombre de Jesús en griego (Ιησοῦς) suma 888 en gemetría griega: el número de la plenitud frente a la imperfección del 666.

Lo que es novela: los personajes, el código de Patmos, el Codex Tenebrarum, el fragmento apócrifo atribuido a la escuela de Irineo, la organización de César, el despertar global del número y el concilio de los ocho marcados. La trama es ficción; los datos, no.

—Esteban G.A.

FIN DEL TOMO I

El número regresará.



El Sexto Sello, de Esteban G.A.:
el inicio de una saga apocalíptica donde
la profecía y el fin de los tiempos
se vuelven realidad.

Tomo I



Colibrí Editorial EGA

— • Saga Apocalíptica • Tomo I • —